

RAFAEL

DRAMA EN UN ACTO

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

ANTONIO ZAMORA.

Representado en el Teatro Español el mes de Octubre de 1872.

MADRID: 1872.

IMPRESA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4.

RAFAEL

1875

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1875

ANTONIO LAMONTE

MADE IN U.S.A.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

RAFAEL

RAFAEL.

RAFAEL

RAFAEL

DRAMA EN UN ACTO
 DE DON CARLOS DE CAJAL
 ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA
 POR ANTONIO ZAMORA

POR
 LA ACCION SE SUPONE QUE PASA EN NUESTROS DIAS EN UNA
 PUNTA DE LOS ALDEGARRAS DE SAN SEBASTIAN.

ANTONIO ZAMORA.

Representado en el Teatro Español el mes de Octubre de 1872.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,
 SOLDADO, 4.

PERSONAJES. ACTORES.

ENRIQUETA	DOÑA CÁNDIDA DARDALLA.
MARIA	BALBINA VALVERDE.
SUSANA	AMELIA CHAMAN.
LUIS	D. ANTONIO VICO.
CÁRLOS	RICARDO MORALES.
EL DOCTOR	ANTONIO PIZARROSO.
RAFÀEL, niño de 4 años.	JUANA DIAZ.

La accion se supone que pasa en nuestros dias en una quinta de los alrededores de San Sebastian.

ANTONIO ZAMORA.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Antonio Zamora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la galería *El Chiste*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID: 1875.

IMPRESA DE D. ANTONIO ZAMORA

Y CAZADO

Á MI QUERIDO AMIGO

EL MODESTO Y LABORIOSO ACTOR

DON JOSÉ VALLÉS.



*Cuanto haya mio en esta obra á V. se lo ofrezco,
no por bueno, sino como recuerdo cariñoso de la
franca y leal amistad que le profesa*

A. ZAMORA.

678295

À MI QUÉRIDO AMIGO

EL MODERATO Y LABORIOSO AUTOR

DON JOSÉ VALLES.

~~Manuscrito~~

Gracias hay que dar en esta obra á V. se lo ofrezco,
no por buena, sino como recuerdo cariñoso de la
franca y fiel amistad que le profesan

A. XARONA.

628572

ACTO ÚNICO.

La escena representa un salón-biblioteca, al fondo una ventana, en los lienzos de pared del foro dos grandes armarios de libros, sobre ellos bustos de yeso, al pie juguetes de niño, á cada lado dos puertas, en el centro un velador lleno de libros y periódicos, papel, escribanía, álbums, escrituras, sillones á uno y otro lado. Sofá con dos almohadones elegantes, una banqueta, un bastidor para bordar, sobre el velador un gran quinqué elegante y una lamparilla con transparente, únicas luces que deberá haber en la escena.

ESCENA PRIMERA.

MARIA y SUSANA, ambas están terminando de arreglar los objetos de la escena, según indica el diálogo.

SUS. (Al foro.) Ya están colocados los juguetes del niño.

MARIA. (Arreglando el velador.) No creo haber olvidado ningún periódico ni libro. Ah! sí; falta el *Quijote*. (Se dirige á la librería y le toma.) Aquí está. Si el amo no tuviera al alcance de su mano este libro, no creería que estaba en su casa. Todo está conforme él lo dejó; puede venir cuando quiera.

SUS. Pero quién debe llegar?

MARIA. El esposo de la señora!

SUS. Yo la creía viuda.

MARIA. No lo permita Dios. El señor conde de las Arenas, esposo de nuestra señora, y amo nuestro, desgraciadamente para todos hace ya cinco años no vive en esta quinta ni vé á su esposa. Como usted ha entrado en la casa hace pocos dias, ignora lo que aquí pasó en esa fecha.

SUS. Deberia usted decírmelo, no sea que por ignorancia incurra en cualquier falta.

MARIA. La señora viene; despues enteraré á usted.

ESCENA II.

DICHAS y ENRIQUETA que sale por la primera puerta izquierda y se dirige á la ventana del foro.

ENRI. Pronto empezará á alborear el dia. Ya no tardarán mucho en llegar. La impaciencia aumenta mi sufrimiento. Dentro de breves instantes estará aquí mi Luis, en su casa... cerca de mí... Madre de los desgraciados, dame tu divina proteccion, no nos abandones. Alivia los dolores del pobre enfermo, y de la madre y el huérfano que tanto han sufrido.

MARIA. Valor, señorita, y confianza.

ENRI. Sí; la tengo, María; la tengo. Todo cuanto la encargué supongo está hecho.

MARIA. Tal como usted y el señor médico mandaron. Los juguetes allí como estaban. Aquí, sobre el velador, en su sitio, los libros, pe-

riódicos y papeles del señor conde, y entre ellos, los que hacia leer al niño.

ENRI. Muy bien. Rafaelito estará vestido según la indiqué?

MARIA. Con su traje de terciopelo negro: allí en su cuarto se quedó jugando con el señor médico.

ENRI. Angel mio! Feliz él que no puede comprender la desgracia que nos rodea! No cree usted, María, que ya deberían estar aquí?

MARIA. Vendrán despacio á fin de molestar al señor lo menos posible.

ENRI. Pero si llegan de dia, y él conoce estos sitios, su enfermedad tal vez se agrave.

MARIA. Don Carlos cumplirá las instrucciones del médico tan bien como lo ha hecho hasta aquí; confie usted en él y no se mortifique.

SUS. (Qué significará todo esto?)

MARIA. (Subiendo al foro y abriendo la ventana.) Vea usted, aun es muy de noche; el cielo está todavía cubierto de estrellas.

ENRI. Tiene usted razon. No se olvide usted de que todas las puertas y ventanas estén bien cerradas hasta que el médico disponga.

MARIA. Descuide usted, que todo está corriente; no entrará más luz en esta habitacion que la de ese quinqué y esa lamparilla, según me mandó. José está apostado en el camino para hacer la señal convenida cuando vea el coche. Nada olvidaremos, nada.

ENRI. Cuánto interés la inspiramos. Dios recompensará á usted el bien que hace.

MARIA. Qué recompensa mayor que poder hacerlo?

ENRI. Es verdad. Voy, interin vienen, á repasar

su dección á Rafael, y Dios nos ayude en la prueba que intentamos, única esperanza de salvacion que nos queda. (Vase segunda puerta izquierda.)

MARIA. Confíe usted en él y esté tranquila.

ESCENA III.

MARIA y SUSANA.

SUSANA. Cada palabra que oigo á ustedes, aumenta más mi curiosidad y mi interés. María, si puede usted, sin comprometerse, saqueme de mi confusion.

MARIA. No es un secreto para nadie de estos alrededores, y menos debe serlo para usted, porque nos ayudará mejor en nuestro plan, cuanto más enterada esté. Hace diez años que la señora se casó con el señor conde de las Arenas. Los dos ricos, jóvenes y enamorados, se prometían ser *completamente* felices. Procuraban no envidiar, ni ser envidiados. Modestos en su porte, afables en su trato, hasta ocultaban su felicidad por no ofender con su jactancia á los desgraciados. La caridad era ejercida en esta casa de tal modo, que al llevarla á los pobres, los hacían creer que no era en ellos un deber de precepto, sino una obligación de conciencia. En una palabra, en jugar las lágrimas de los desgraciados y aliviar sus penas, eran su único afán, su único deseo. La venida al mundo de un niño, bello como un ángel, completó su ventura. Cinco años después, poco más ó menos,

el señor conde jugaba un día con su hijo que saltaba sobre sus rodillas; la felicidad mas completa se revelaba en su semblante.

La señora miraba á su esposo y á su hijo y sonreía á ambos. De pronto, y sin que nada la justificara, rompió á llorar amargamente, y abrazándose al cuello de su esposo, le dijo: «Luis, Luis, soy demasiado dichosa, demasiado feliz, y este exceso de ventura me asusta, me espanta; es imposible que no se cierna sobre nosotros alguna desgracia horrible!!» El día en que esto pasaba, era el del santo del niño. Al siguiente, el señor conde debía almorzar en casa de don Carlos Sandoval, su pariente y amigo, que tiene una magnífica posesion aquí cerca, para ir despues á cazar juntos, diversion á que eran muy aficionados.

Sus. Ese amigo es el mismo que ahora acompaña al señor conde y del que hablaban ustedes hace poco?

MARIA. Precisamente. La señora ha tenido siempre un gran horror á las armas de fuego, y constantemente suplicaba á su esposo abandonase la aficion á la caza; él procuraba convencerla de que no habia peligro alguno, y ella, por no molestarle, cesaba en sus ruegos; pero aquel día le suplicó tanto y tanto, que el señor conde, que es el mejor de los hombres, la dió su palabra de no volver á cazar. Tomó el niño; ambos se despidieron de la señora, y se fueron á casa de don Carlos.

us. Rafaelito? hace cinco años?

MARIA. Nó; no era ese, que aún no habia nacido, sino el otro.

SUS. El otro?

MARIA. Sí; déjeme usted acabar. El niño saltaba de placer por ir á paseo con su padre; en su rostro infantil brillaba su alegría. Llegados á casa de don Carlos y acabado el almuerzo, los dos amigos se subieron á fumar al terrado de la casa para disfrutar del magnífico panorama que se extendia á su vista. El niño se fué al jardin á jugar y cojer flores para su mamá. El cielo estaba cubierto de nubes; amenazaba una gran tormenta. Los vencejos volaban muy bajo, como acostumbran siempre en los dias de tempestad. Arrastrado el conde por su aficion á la caza, y olvidando la promesa que le habia hecho á su esposa, propuse á don Carlos tirar con bala á unos cuantos pájaros de los que volaban por allí; este accedió con gran gusto á su deseo y mandó subir las escopetas. Cargaron sus armas; se pusieron en acecho; disparó un tiro el señor conde, y por una fatalidad que jamás se ha podido explicar, el desgraciado padre...

SUS. Mató á su hijo.

MARIA. Sí, Susana, sí.

SUS. Qué horrible desgracia!

MARIA. Espantosa; porque desesperado, loco de dolor y de pena, porque ver morir á un hijo es sentir todas las penas juntas, el desgraciado padre cayó en tierra con mortal desmayo, y cuando volvió en sí, su razon no volvió con él... estaba loco.

SUS. Pobre mujer! pobre madre!

MARIA. La madre hubiese muerto de dolor si su muerte no hubiera alcanzado más que á ella. Pero Dios la dió valor para soportar su desgracia por el hijo que llevaba en sus entrañas.

SUS. Rafael?

MARIA. Sí; Rafael, que nació pocos meses despues de este horrible suceso. En los primeros instantes, se creyó fácil curar al señor conde; pero su razon se extraviaba más á cada momento. Entónces determinaron los médicos que se le llevaran lejos de estos sitios. Su esposa no podia acompañarle porque en su delirio su presencia le horrorizaba. Solo no podia viajar. Don Carlos se ofreció, y desde entonces no se ha separado ni un momento de él. Tres años largos han viajado por Suiza y Alemania, hasta que se establecieron en Bayona.

SUS. Y allí se ha curado?

MARIA. Ojalá!

SUS. No? Entónces, cómo lo traen aquí?

MARIA. Porque... Calle usted: creo haber oido... (Suena un cuerno de caza muy lejano.) Sí; esa es la señal convenida con José. Ya están ahí. Venga usted. Venga usted. (Susana se vá primera puerta derecha.)

ESCENA IV.

DICHAS y ENRIQUETA que viene por la segunda puerta izquierda.

ENRI. María, María. No me he equivocado, verdad? Son ellos?

MARIA. Creo que sí, señora. (Se dirige á la ventana.) Un coche ha parado en la puerta de la verja; me parece que don Carlos es el que ha bajado de él. Vea usted, atraviesa el jardín y se dirige hacia aquí.

ENRI. Pero solo?

MARIA. Sí señora.

ENRI. Y mi Luis?

MARIA. En el fondo del coche creo distinguir una persona que seguramente será el señor.

ENRI. Déjame ver. Déjame ver. Sí, sí; él es. ¡Luis de mi alma!

ESCENA V.

DICHAS y CARLOS que viene primera puerta derecha.

CARL. Buenos días.

ENRI. Adios, Carlos. Luis está ahí, verdad?

CÁRL. Sí; esperando que baje por él. Vaya usted, María, por si algo le ocurre. Todo está conforme me indicó, no es cierto?

ENRI. Todo, como lo dejó á su partida aquel desgraciado día. Y cómo está de salud?

CÁRL. Adelantando cada vez más, segun indicaba en mis cartas. Menos agitado; coordinando mejor las ideas, aunque dominado siempre, y preocupado con la de que le persiguen sin cesar, y que usted...

ENRI. Le aborrezco. Yo, que daría mil vidas que tuviera por aliviar su desgracia!

CARL. Así se lo manifestaba cada vez que recibía sus cartas, tan cariñosas como tiernas; pero siempre me respondía: «No lo creas; eso que escribe no es verdad: es imposible que me

perdone, y no me perdonará nunca! nunca!»

ENRI. Por qué no hacerlo, si ha sufrido más que yo? Y á usted, Carlos, cómo pagarle tanta y tanta molestia?

CARL. Molestia! Deber(mio es contribuir á su alivio, siendo tal vez, (como fuí, la causal indirecta de aquélla desgracia. Que el cielo le devuelva su razon perdida, es cuanto le pido. Y dígame usted, Enriqueta, está usted decidida á llevar adelante el pensamiento de someterle á la prueba que me indicaba?

ENRI. El médico me ha asegurado que es el único recurso que nos queda.

CARL. Y el parecido del niño es tan perfecto como me ha dicho? Porque como Luis conserva su memoria en perfecto estado, creo muy arriesgada la prueba.

ENRI. Juzgue usted mismo. (Le lleva á la segunda puerta que abre, y figura que ambos ven al niño.)

CARL. Admirable! nada más parecido.

ESCENA VI.

DICHOS y MARÍA, que sale por la primera puerta derecha; á poco LUIS.

MARÍA. El amo viene hácia aquí, señora.

CARL. Cómo?

ENRI. Eh!

LUIS. Carlos! Carlos! (Llamando con voz alterada.)

ENRI. Luis mio!

CARL. Prudencia, en nombre del cielo! Retírese usted.

LUIS. Carlos!

CARL. Si la ve á usted, todo va á perderse.

ENRI. No, no: me retiro.

CARL. (A María.) La luz.

MARIA. Ah! sí, sí!

CARL. Valor y esperanza! (La escena queda alumbrada solo por una lamparilla.)

LUIS. Carlos! Carlos!

CARL. Qué quieres? vén, Luis, vén.

LUIS. (Sale por la primera puerta derecha, con gran inquietud, como si temiera que alguno le persiguiese.) Por qué me has dejado solo tanto tiempo?

CARL. Porque queria asegurarme si esta casa nos ofrecia completa seguridad.

LUIS. Has hecho bien. Todas las precauciones son pocas para que ignoren siempre dónde estamos. Qué mal alumbrada está esta casa: apenas veo.

CARL. Así lo he dispuesto yo para no llamar la atención de los vecinos de las casas inmediatas.

LUIS. Y dónde estamos?

CARL. En una bonita casa de campo que he alquilado á mi nombre.

LUIS. Has hecho bien; todas las precauciones son pocas. (Tranquilizándose poco á poco.) (Carlos se dirige á cerrar la primera puerta derecha, y Luis con gran inquietud como si temiera que se fuera y le dejara solo, dice:) A dónde vas? Qué vas á hacer?

CARL. A cerrar, para mayor seguridad nuestra!

LUIS. Ah! Gracias, gracias! (Tranquilizándose.)

CARL. Creo no harias mal en descansar un rato. Mira: esta es la habitacion que te he destinado. (Señalando la primera izquierda.) Sus ventanas dan á un bellissimo jardin. Ven á verla.

LUIS. (Con gran desconfianza.) No; no tengo sueño: ya

la veré. Aquí, (Señalando la frente.) aquí es donde necesito reposo y tranquilidad... Hace ya muchos días... muchos... que me siento muy débil... las ideas se agolpan con tal rapidez en mi cerebro... con tal confusión... que te lo confieso, hay momentos en que creo que voy á volverme loco.

CARL. (Infeliz!) Efecto del cansancio que experimentas con tanto viaje sin procurar dormir ni descansar. Si te reclinaras un poco en este sofá, tal vez lograrías dormir y aliviarte. (Le arregla los almohadones del sofá.)

LUIS. Bien. Lo que quieras. Pero me acostaré vestido. (Bajando la voz.) Así estoy más pronto para escapar si acaso ocurriese algo.

CARL. Bueno. Me sentaré aquí, á tu lado; velaré tu sueño para que estés más tranquilo. (Se sienta en la butaca que habrá cerca del sofá.)

LUIS. Ah! Si tú te quedas cerca de mí, nada temo. (Acostándose.) Realmente estoy muy cansado; la fatiga me rinde... mis ojos se cierran á pesar mio... Rafael... perdóname... Rafael... (Pausa.)

CARL. Se duerme... Cuánto no estará sufriendo su pobre esposa! tal vez nos habrá estado escuchando detrás de esa puerta, devorando hasta el menor de nuestros movimientos. Su confianza en la prueba que intentan, me aterra más, cuanto más se acerca el momento de ella. Valor. Luis... Luis... Duerme. Cumplamos las órdenes del doctor, y Dios nos proteja. (Se dirige á la segunda puerta izquierda.) Pueden ustedes venir: está dormido. (Sale por la segunda puerta izquierda. Enríqueta y el Doctor

con gran precaucion. Enriqueta contempla á su marido, mientras el Doctor dice á Luis cogiéndole la mano.)

ESCENA VII.

DICHOS, el DOCTOR y ENRIQUETA.

DOCT. Es usted el mejor de los hombres.

ENRI. Qué pálido está!

DOCT. Es natural, despues del cansancio de hoy.

ENRI. Dios mio! no nos abandones.

DOCT. Enriqueta, este es el instante en que necesitamos de toda nuestra sangre fria. La mas leve imprudencia hará imposible su curacion.

ENRI. La tendré, la tendré. Aunque mi alma estalle de dolor, no asomará una lágrima á mis ojos.

DOCT. Así lo espero. Usted, Cárlos, cambie ese traje por otro que no le sea tan conocido, y véngase usted al momento.

CARL. Al instante. (Váse primera puerta derecha.)

DOCT. Usted, Enriqueta, á sus piés. La ventana abierta. (Completa luz en la escena, figura ser de dia.) Yo aquí. Serenidad y valor. (Pausa.) (El cuadro queda del siguiente modo: Luis recostado en el sofá, el doctor sentado en una butaca á su cabeza con un libro en la mano; Enriqueta á sus piés sentada en una banqueta y figurando que borda en un bastidor; Luis empieza á despertar; se fija primero en Enriqueta, cuya figura le causa una fuerte extrañeza, y se sienta de repente; luego vé al doctor, que le hace igual efecto; recorre la escena con la vista, y al pretender hablar, le interrumpe el doctor.)

DOCT. Parece que estamos mejor, éh?

LUIS. Cómo! es usted, doctor?

DOCT. Creo que sí; aunque afortunadamente desde este momento me parece que me sobra el tí-

tulo, porque usted no necesita ya de la ciencia.

ENRI. Usted le ha salvado.

LUIS. Enriqueta!

DOCT. Nó; él es el que se ha defendido como un héroe; él solo; y ha hecho bien, porque le sobra razon para amar la vida.

ENRI. Sí, Luis mio; nos has alarmado mucho. Tu estado era muy grave; tanto, que hoy que ya estás fuera de peligro, puede decírsete. Ni aún á mí me conocías, tal era la fiebre que te devoraba. Ahora sí me reconoces; verdad? ahora sí conoces á tu Enriqueta que tanto te adora, que vive de tu vida y que resucita contigo.

LUIS. Yo... yo... (En este momento se oye en la segunda puerta de la izquierda la voz de Rafael.)

RAF. Mamá! Mamá! (Luis, al oír la voz de Rafael, se extremece fuertemente, se lleva la mano á la cabeza como queriendo sujetar sus ideas, y balbucea algunas sílabas dejando entender que es presa de la fuerte emoci3n que le produce la duda.)

LUIS. Eh!

ENRI. Ven, hijo mio; ven á dar á tu papá los buenos dias.

LUIS. Mi hijo? nó, no puede ser... si yo... imposible... imposible...

DOCT. No quiere usted dar un beso á su Rafael?

LUIS. A Rafael! (Bajando la voz.) Pues qué, no sabe usted que le...

DOCT. (Sin prestarle atencion, se dirige á la segunda puerta, donde ha aparecido Rafael y lo trae de la mano colocándole delante de Luis.) Ven Rafaelito, ven.

RAF. Buenos dias papá. (Le mira inmóvil, asombrado, confundido, como si en su memoria combatiera los recuer-

dos con la realidad, y con gran alteracion de voz dice:)

LUIS. Buenos dias, hijo mio; hijo de mi alma, buenos dias. (Sigue mirándole con avidez, con delirio creciente. Se va bajando poco á poco hasta caer de rodillas para poner su mirada al nivel de la del niño; todo esto con gran agitacion, cambiando su extrañeza por una gran alegría y como olvidando el pasado, dice:) Rafael!! Sí; tú eres; tú eres mi hijo. Hijo mio!... hijo mio!... hijo mio!... (Le coje entre sus brazos, le pone en pié sobre el sofá, él se sienta y le besa con avidez y delirio.)

DOCT. Basta de cariños por ahora: no hay que molestar mucho al enfermo.

ENRI. (Tiene usted razon). Anda, Rafaelito, anda á jugar á tu cuarto y no hagas mucho ruido, porque papá está malito.

RAF. Adios, papaito; hasta luego.

LUIS. A... dios... ángel mio... á... (En este momento le quita Enriqueta de sus brazos al niño.) entonces... esta idea... (Luis deja caer su cabeza entre sus manos.)

DOCT. Se siente usted mal?

LUIS. No, no; al contrario. Dígame usted, doctor; antes me ha hablado usted de enfermedades; de... peligros quiero decir. He estado muy enfermo, verdad?

DOCT. Mucho. Ha tenido usted lo que nosotros llamamos una meningitis, que es una enfermedad terrible.

LUIS. De qué manera me ha sobrevenido, sin darme yo razon de su principio?

ENRI. Te acuerdas que al siguiente dia del santo del niño, te fuiste á comer con él á casa de Carlos?

LUIS. Sí; me acuerdo... me acuerdo... en su casa fué... pero cuánto tiempo hace?

ENRI. (Ahogada por el llanto.) Hace...

DOCT. (Con frialdad.) Hace ocho dias.

LUIS. Ah!

ENRI. La mañana estaba nebulosa, el cielo amenaba tormenta; tú te quejabas de un fuerte dolor de cabeza.

LUIS. Eso es... eso es...

ENRI. Te rogué desistieras de tu paseo; pero tú no quisiste dejar de ir á casa de Carlos segun se lo habias prometido. Despues de la comida, que segun nos dijeron, habia estado muy animada... (El doctor la interrumpe porque comprende que el recuerdo de su hijo la va á vender.)

DOCT. Efecto sin duda del vino de sidra que es el brebaje mas malo que yo conozco, fué la causa...

LUIS. De qué?... de qué?...

DOCT. De que quisiera usted subir al terrado de la casa...

LUIS. Sí... sí... allí fué.

DOCT. Eso es: allí fué donde perdió usted el sentido, atacado de una congestion cerebral.

LUIS. Sí, sí; pero antes de eso... no... no: despues qué sucedió?

DOCT. Lo que es natural: que se apoderó de usted una fuerte calentura, que produjo un gran delirio, un trastorno de ideas... del que gracias al cielo está usted curado. (Luis baja la cabeza manifestando en su semblante que no está bien convencido.) Y ahora en qué piensa usted?

LUIS. En la extrañeza que me causa no poder nunca coordinar bien mis ideas, y no acordarme con seguridad de... de lo que hice... de lo que me pasa.

DOCT. Vamos á ver si ayudado por mí, hace usted memoria. Se acuerda usted de que ayer quiso salir en coche, y salió en efecto?

LUIS. Ayer... en coche... sí.

DOCT. La fiebre era casi insignificante, aunque en sus ideas se notaba aún cierto extravío. La tarde estaba serena y apacible, y me pareció que el pasear le haría á usted bien. La misma incomodidad del movimiento del coche, la creí conveniente y consentí en que saliera acompañado de Carlos. De esto se acordará usted perfectamente.

LUIS. De eso sí. Carlos me acompañó.

DOCT. Volvieron ustedes ya entrada la noche.

LUIS. Sí, sí.

DOCT. Usted se recostó en ese sofá.

LUIS. Sí.

DOCT. Se quedó usted dormido con sueño tan tranquilo y sosegado, que dispuse no molestaran á usted. Hé aquí todo.

LUIS. Todo?

DOCT. Ciertamente. Ahora á dar un paseito, ó almorzar, ínterin yo vuelvo, y á no pensar sino en restablecerse completamente, que es lo importante.

LUIS. Me deja usted tan pronto?

DOCT. Si hace una hora larga que estoy aquí. Sin embargo, si usted quiere algo...

LUIS. Nada, doctor, nada.

DOCT. Entonces voy á vengarme en los otros enfermos, puesto que usted se ha escapado de mis uñas. Hasta luego, que me convido á comer para celebrar su resurrección.

ENRI. Voy á acompañar á usted hasta la puerta.

DOCT. (Valor, que la partida es nuestra!) Si el enfermo quiere descansar, dejarle; el reposo es su mejor medicina. Con que hasta luego.

LUIS. Adios. (Luis ve marchar á los dos; se fija en todos los objetos del cuarto, toca los libros, los muebles, etc., y dice con gran alegría.) No hay duda... mi imaginacion me fingia los fantasmas que me aterraban... y sin embargo... yo ví su sangre... yo ví... (Entra muy contento por la primera puerta derecha Carlos con otro traje.)

ESCENA VIII.

LUIS y CARLOS.

CARL. Bravo! Qué bien te encuentras hoy!

LUIS. (Mirándole fijamente.) Carlos!

CARL. Chico, por qué me miras con esa extrañeza?

LUIS. Por... nada... Has hablado con Enriqueta ó con el doctor?

CARL. Ni una palabra. En la puerta de la verja los encontré, y solo les he dado los buenos dias. Ni aun por tí pregunté por no ser indiscreto.

LUIS. Bien, bien. No sabes cuánto me contenta verte! Esta tarde pienso ir á tu casa... á darte las gracias de nuevo por las molestias que te he causado.

CARL. A mí? no sé cuales sean...

LUIS. Crees que olvidaré nunca tu cariñoso interés, tus asíduos cuidados? Todo lo que te debo á tí, mi mejor amigo, mi compañero de infancia, mi compañero de... viaje?

CARL. Algunos hemos hecho juntos.

LUIS. Verdad? (vivamente.)

CARL. Pero ya hace mucho tiempo que no viajamos.

LUIS. A qué llamas tú mucho tiempo?

CARL. Me parece que cinco años son algo en la vida de un hombre, y no hará menos que hicimos el último. Justo; desde que te casaste.

LUIS. Y no te acuerdas de haber hecho conmigo ningun otro desde esa fecha?

CARL. Chico, yo no; y tú?

LUIS. Tampoco.

CARL. A menos que no cuentes como viaje nuestro paseo de ayer; y por cierto que te ha hecho mucho bien por lo que veo.

LUIS. Mucho.

CARL. Cuánto me alegra que adelantes tan rápidamente en tu convalecencia! Si continúas así, en pocos días te veremos completamente bueno, que es nuestro deseo.

LUIS. Así lo creo.

CARL. Te dejo, no me riña el doctor. Con que hasta despues.

LUIS. Espera. Dime, con que tan enfermo he estado?

CARL. Mucho: tu salud nos ha tenido á todos muy inquietos.

LUIS. Y esta enfermedad se apoderó de mí instantáneamente?

CARL. Con la rapidez del rayo, estando tú conmigo en el terrado de mi casa.

LUIS. Eso es: me acuerdo como si fuera ahora, y eso que hace...

CARL. Ocho días. Ea, á no pensar ya más que en curarte del todo. Hasta la tarde, que te espero.

LUIS. Sí; hasta luego.

CARL. Adios. (Vase primera puerta derecha. Luis se queda paseando por la sala con aire preocupado é inquieto.)

ESCENA IX.

LUIS solo, á poco MARIA, segunda puerta izquierda.

LUIS. Pero por qué dudo? por qué?... (Aparece María en la segunda puerta izquierda. Al verla Luis la dice saludándola.) María... (Y despues como contestándose se afirmativamente.) María.

MARIA. Buenos dias, señorito.

LUIS. No te extraña verme?

MARIA. Y tanto. Está usted hoy mucho mejor que ayer, á Dios gracias. Tiempo era ya de salir de tanto susto. Buenos ratos hemos pasado en casa; yo, sobre todo.

LUIS. Tú!

MARIA. Seguramente. Como que he sido la encargada de velar á usted por las noches.

LUIS. Y por qué no lo hacia mi esposa?

MARIA. Pobre señorita! bien hubiera querido; pero su presencia parecia que le asustaba á usted, y el Doctor la prohibió que entrara á verle.

LUIS. A mí me molestaba la presencia de mi buena Enriqueta?

MARIA. Así parecia; y cualquiera que hubiese oido á usted sin conocerle, de fijo cree que le daba miedo. «Mi mujer, decia usted, me odia, me aborrece; quiero huir de su vista!!

LUIS. Decia eso? (Con alegría.)

MARIA. Y otras muchas palabras más, así disparatadas; es claro; como el que delira.

LUIS. Repítemelas, repítemelas.

MARIA. «Cárlos, ven, huyamos, huyamos de estos sitios!»

LUIS. Sigue, sigue.

MARIA. Otras veces hablaba usted de cosas que daban miedo, á pesar de lo convencidos que estábamos de que todo era delirio. Creía usted seguramente que habia dado muerte á alguno.

LUIS. Ah! (Un grito prolongado que revele su gran alegría.)
Con que no le maté? (Con gran alegría.)

MARIA. A quién?

LUIS. (Con una rápida transicion.) A nadie... á nadie...
Já... já... já... yo matar..?

MARIA. Es claro.

LUIS. Cuánto bien me has hecho con tus palabras! Esos sueños que me has referido, me atormentaban mucho porque mi imaginacion calenturienta los daba la forma de la más terrible realidad, y mi cabeza estaba cansada de luchar con la duda. Ahora estoy convencido que esos fantasmas sangrientos que me perseguian sin cesar eran hijos de la fiebre que me devoraba. Delirios á que daba forma mi imaginacion calenturienta y que no podia apartar de ella, porque eran más fuertes que mi razon. Pero ahora seguro ya de ello, pronto, bien pronto seré feliz con el cariño de mi Enriqueta y de mi hijo. A tí te debo tanta felicidad! Cree que no olvidaré nunca el bien que me has hecho. Por él te doy gracias, muchas gracias. Me has devuelto con tus cuidados la salud y la vida, y con tus palabras ahora, la confianza en mi alma y la firmeza á mi razon!

MARIA. Vamos, no hable usted así, señorito, porque vá usted á hacerme llorar. (Tan pronto como Luis corre al encuentro de Enriqueta, desaparece llorando María por la segunda puerta derecha.)

ESCENA X.

DICHOS y ENRIQUETA, que viene primera puerta derecha.

LUIS. Ay Enriqueta querida, qué feliz soy en verte á ver!

ENRI. He tardado mucho?

LUIS. No, angel mio, no; tú haces siempre bien: sino que deseaba verte, hablarte, para pedirte perdon.

ENRI. A mí! de qué?

LUIS. De mi despego, de mi frialdad para contigo. Pero no lo extrañes; hasta hace un momento estaba bajo la influencia de la calentura, sometido á la presion de un sueño horroroso que me perseguia sin cesar; sueño horrible que mortificaba mi ser. Figúrate que estaba convencido, pero convencido como persuade la realidad... de que el dia que fuí á casa de Carlos...

ENRI. Ah! sí, sí; sueño horrible... le sé... le sé.

LUIS. Pero lo que ignoras es que yo, que tanto te quiero, ¿qué es querer? que tanto te idolatro, Enriqueta mia, sufria el atroz martirio de creer que tú me aborrecias, que tú me odiabas, y no tenia ni aun el derecho de quejarme... porque en mi delirio... creí que no me perdonarías nunca el haber...

ENRI. No sigas hablándome así, porque ofendes

mi cariño. Si tan gran desgracia nos hubiera ocurrido, la llorarías tú menos que yo? No sería igual nuestro dolor?

LUIS. Sí.

ENRI. Cuando dos seres funden sus almas por el cariño, deben partir por igual penas y alegrías, dolores y venturas. El más fuerte debe venir en ayuda del más débil. Deberes de toda alma honrada aliviar las desgracias de los que sufren, enjugar las lágrimas de los que lloran. ¿En qué brazos podrías refugiarte con más seguridad que en los de tu esposa? ¿qué mano más cariñosa enjugaría tus lágrimas, que la de la que es ser de tu ser, y madre de tu hijo?

LUIS. Tienes razon... tienes razon. Pero, ¿por qué me has dicho todo esto?

ENRI. Para convencerte de que aunque ese sueño horrible que tanto mal te ha hecho, hubiera sido una triste realidad, mi cariño por tí, en vez de amenguarse, se acrecentaría impulsado con toda la ternura de la piedad.

LUIS. Te creo; te creo. (Como asaltado repentinamente por una idea que le domina, dice:) Y ahora, dónde está? Dónde está Rafael?

ENRI. Allí.

LUIS. (Gritando como un loco.) Quiero verle. Quiero estar solo con él.

ENRI. Bien; pero no grites así que te hará mal.

LUIS. Qué me importa mi salud, qué me importa mi vida, si logro verle?

ENRI. Nada más fácil; ven. (Se dirige á abrir la segunda puerta de la izquierda.)

LUIS. Sí, sí.

ENRI. (Desde la puerta.) Chit. Habla bajito; mira; está dormido.

LUIS. Ah! sí! Duerme, duerme, ángel mio; mi cariño vela tu sueño.

ENRI. Te dejo un momento por él.

LUIS. Sí; no te separes de su lado. Guarda mi tesoro y tráele aquí cuando despierte.

ENRI. Tranquilízate; cumpliré tu deseo.

LUIS. Cuán buena eres, Enriqueta mia!

ENRI. Madre del que llora, en tí confío.

ESCENA XI.

LUIS se dirige á la ventana y repara con gran libertad, como si todas las dudas se hubieran disipado de su mente.

Todo era mentira, mentira el terrible fantasma que me perseguía. Nunca ha sido Enriqueta más cariñosa para mí. Nunca el eco de su voz ha resonado más dulcemente en mi alma. Mi Rafael está ahí; le acabo de ver; duerme al lado mio; estoy seguro de que esta es la realidad. Ay! qué feliz soy! gracias, Dios mio! gracias por tanta ventura! (Se sienta en una butaca al lado del velador.) Mis libros; mis compañeros en mis ratos de ocio... mi *Quijote* que siempre me enseña y me distrae... Mis papeles; las escrituras de mis colonos... Mis periódicos. Cuánto tiempo hace que no he leído ninguno. Hace... ocho días... (Lee en el periódico.) Es singular. Qué rareza de noticias. Será una broma. (Lee la fecha del periódico) 3 de Setiembre de 1872. No puede ser 72. Esta fecha está equivocada; á ver. (Coje otros periódicos.) Setiem-

bre 1868. Qué significa esto? Setiembre 1868. Calma. Calma. Rafael nació el año 1864. Luego, según la fecha de este periódico, debe tener ahora ocho años... Entonces ese niño que acabo de ver... no es él, nó. Mi hijo, mi hijo fué el que... Cuál es la realidad? cuál el sueño? Estaré aún dominado por la fiebre? (Coje de nuevo el primer periódico.) Nó, nó. Veo bien esta fecha; 3 de Setiembre de 1872. No deliro. Entonces, aquí hay un misterio que no puedo penetrar; que no comprendo. Ah! yo lo sabré. Enriqueta! Enriqueta!

ESCENA XII.

LUIS y ENRIQUETA, que viene por la segunda puerta. Sale el DOCTOR por la primera puerta de la derecha.

ENRI. Llamabas?

LUIS. Sí.

DOCT. Creo llegar oportunamente.

LUIS. Nunca mejor.

DOCT. Qué sucede?

LUIS. Ante todo. Lean ustedes la fecha de este periódico.

ENRI. (Dios de bondad!)

DOCT. (Qué fatal descuido!)

LUIS. Han leído ustedes bien?

DOCT. Perfectamente.

ENRI. Sí, (Temblando.) sí.

LUIS. De modo que me creíais loco!... já... já... já... já... loco! Mi razon no está estraviada; mis sueños no son sino la desnuda realidad. (Movimiento de ambos para interrumpirle.)

No trateis de engañarme por más tiempo:

recuerdo bien el pasado; nunca se borra de aquí; jamás se borra de mi vista aquel cuadro sangriento. Yo estaba en el terrado con Carlos; mi hijo jugaba por el jardín y le ocultaba á mi vista una caja que contenia un arbusto; yo tenia mi escopeta cargada con bala, acechando los pájaros que revoloteaban á mis piés; uno cruzó por entre las ramas de aquel árbol; disparo el arma fatal, la bala parte en el momento mismo en que mi hijo se levantaba, para caer muerto por mí... por mi mano... Mira su infantil cabeza cubierta con la sangre que brota de su ancha herida... Carlos, huyamos... su madre vendrá por él... huyamos de su vista... mírala: la ves?... ya sabe que le han matado su hijo... mírala: ya llega rugiendo de ira y de dolor como la leona á quien arrebatan sus hijuelos... oyes lo que dice?... Maldito seas, parricida! Ocúltame... ocúltame en el fondo de la tierra... que no me vea... que no me vea... que no me vea...

ENRI. Vuelve en tí, Luis mio; no te mortifiques con esos tristes pensamientos. Te lo pido, no por mí; sino por la vida de tu hijo.

LUIS. Rafael? vive, sí, vive: le acabo de ver como estaba hace cuatro años. Ah! no, no, no: esa ha sido mi ilusion; ese mi sueño.

(En este momento aparece Carlos en la segunda puerta izquierda con Rafael, á quien lleva cogido de la mano izquierda; á medida que avanzan al proscenio, retrocede Luis mirándolos fijamente y como dominado con mil ideas encontradas, y con profundo sentimiento, muchas lágrimas que indiquen la reaccion de la enfermedad, dice.)

Ay! El es! El es!! Mi hijo!! Mi hijo!! (Pausa.)

- Tú eres mi Rafael verdad?
- RAF. Sí, papá mio.
- LUIS. Pero cuántos años tienes?
(Rafael mira á su madre y al doctor, como preguntando si contesta.)
- DOC. Díselo, díselo.
- ENRI. Sí, hijo mio; díselo.
- RAF. Cuatro años.
- LUIS. Entonces tú no puedes ser mi Rafael. (Separándole ligeramente de su lado.)
- RAF. Sí, papaito, sí; soy su hermanito menor.
- ENRI. Tesoro mio! (Abrazándole con gran efusion.)
- LUIS. Comprendo, comprendo ahora cuanto ha sucedido. Tú tambien eres mi hijo. (Llorando amargamente.) Tambien á tí te adoraré, tus caricias cicatrizarán la herida de mi alma.
- DOCT. (No me engañé. Esas lágrimas le salvan.)
- LUIS. Veis como no soñaba?... Pero y el otro? y el otro?
- ENRI. Dios le quiso para él: en cambio te ha enviado ese, y con él te devuelve tu razon y tu vida, de que tanto necesitamos. Resígnate ante sus designios, y bendigamos todos su infinita bondad.

FIN.

